

El libro de la semana 'Utopía para realistas' es un ensayo oportuno pero ingenuo PÁGINA 5

Babelia

Nº 1.323
SÁBADO
1 DE ABRIL
DE 2017

EL PAÍS



¿Fraude en 1936?

Una engañosa denuncia sobre las elecciones que ganó el Frente Popular

PÁGINA 8



Memoria punk

Viv Albertine recuerda en un libro el Londres de los setenta

PÁGINAS 12 Y 13

Bienal Whitney

Cuando el arte de denuncia es meramente cosmético

PÁGINA 10



El escritor 'antiboom'

Tres décadas después de su muerte, el argentino Antonio Di Benedetto vive una gloria póstuma. Según Coetzee, la gran novela americana es suya

ARCHIVO DE GARCÍA LUCERO

press reader

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 684 278 4684
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

2 BABELIA EL PAÍS, SÁBADO 1.04.17

EN PORTADA

POR JIMENA NÉSPOLO

Puede una ficción rizar nuestro presente? Aca-so los bucles del tiempo, aquella especulación científica que fabula sobre la existencia de curvaturas espacio-temporales, sean como los rizos de esa mujer abismal y fantasmática que aparece en el corazón de *Zama* solo para mostrar en espejo todos los terrores que habitan al protagonista. Una mujer de edad indefinida y sensualidad dominadora, capaz de cavar hasta dejarlo vacío o de llevarlo allí donde todo "es un acogedor y dilatado silencio". El tiempo sin tiempo de la muerte... En efecto, la lectura de esta novela de Antonio Di Benedetto, publicada en Buenos Aires en 1956 pero ambientada en la América colonial, es como un viaje en el tiempo del que se regresa sólo para comprobar el ingenio o la clarividencia de la máquina.

La versión inglesa de *Zama*, obra de Esther Allen y publicada hace unos meses, está teniendo una muy buena recepción. A las elogiosas reseñas publicadas por J. M. Coetzee (*The New York Review of Books*) y Benjamin Kunkel (*The New Yorker*), hay que agregar además que *Publisher's Weekly* la coloca entre las 20 obras de ficción más destacadas de 2016. Según la propia Allen, la traducción estaba lista hacia más de cinco años, pero la casa editora decidió esperar al estreno de la película de Lucrecia Martel, previsto para fines de 2016 y reprogramado para junio de este año.

Marcelo Cohen, en un reciente análisis de esta traducción, afirma que para mantener el espesor del sonido y la peripecia mental de esa lengua inventada *ad hoc* en *Zama* se debería crear un cóctel de inglés isabelino depurado por Conrad, alta retórica de estadista estadounidense (Jefferson, Lincoln, Obama) y divagación socarrona del Middle West, sumándole, por si fuera poco, algunas líneas de la elocuencia delirante y psicopática de los villanos de Tarantino. Algo imposible, claro, que Allen resuelve de un modo austero, llevando la textura polisémica de cada frase al conjunto de escenas de cada secuencia y de allí a toda la novela, quizá para resguardar la significación total. Dicho de otro modo: Allen prefiere reflejar la movilidad de la prosa antes que la densidad diacrónica del sonido, porque la lengua de *Zama* es perfectamen-



El escritor argentino Antonio Di Benedetto, en Madrid.

LA HORA DE ANTONIO DI BENEDETTO

Nombre indiscutible de la literatura argentina, el autor de *Zama* fue un creador en los márgenes. Un volumen con sus textos periodísticos, una película y el éxito en el mercado anglosajón subrayan el valor de su obra

“Tal vez la ‘gran novela americana’ la escribió un argentino”, sugiere J. M. Coetzee al hablar de *Zama*

Los escritos periodísticos reunidos ahora demuestran que la Junta Militar lo detuvo por defender la verdad

te intraducible. Las reverberaciones idiomáticas de los tiempos pasados crepitan aquí en una escritura que avanza, con pulso oscilante, bajo el chirrido existencialista de una máquina obsecadamente soberbia.

Di Benedetto —como el mexicano Juan Rulfo, como la chilena María Luisa Bombal o la uruguaya Armonia Somers— forma parte de una línea que sería no del todo errada al calificar como el *antiboom* latinoamericano. El primero en observar esa “antinovela” que se estaba poniendo silenciosa pero tesoneramente en marcha en la región fue Augusto Roa Bastos; en un artículo emblemático publicado en la revista *Los Libros* (Buenos Aires, 1969) señala la proximidad entre *Pedro Páramo* y *Zama* en la concentración, el despojamiento y la sequedad estilística para afirmar que es a partir de este campo de influencias donde habría de surgir la verdadera renovación literaria del continente.

Por tanto, la respuesta a la pregunta que un tanto burdamente lanza J. M. Coetzee en el artículo mencionado —¿es posible que la “gran novela americana” la haya gestado un argentino?— está escrita hace rato.

Desarraigado de su entorno, a la espera de un ascenso que nunca llega, el drama del funcionario Diego de Zama se proyecta desde el siglo XVIII a nuestro presente con inusitada fuerza. La existencia alienada y alienante del sujeto colonial americano que vive escindido de su realidad a la espera de un orden externo que lo salve y justifique (la corona española y sus promesas, los capitales de la metrópoli, las transas y alianzas de linaje, etcétera), la búsqueda del amor ideal y la transgresión erótica, la infancia y la animalidad como enigmas fantásticos se entrelazan en esta obra con el tema literario de la experiencia de la escritura, pensada como camino de conocimiento del sujeto.

La edición inglesa de *Zama* mueve la manivela de la máquina del tiempo y nos ubica en Argentina en 2016: la coyuntura invita a festejar el bicentenario patrio en un anacronismo encriptado que reactiva aquellas épocas donde los países de la región eran meras tierras coloniales a saquear, enclaves de comercio o de piratería donde los imperios se solazaban a sus anchas con los innumerables tesoros de lo viviente. El calendario se obstina y marca una simultaneidad de fechas para nada azarosas: los 200 años de la decla-

ración de la independencia argentina se solapan con el 40º aniversario de la detención de Di Benedetto por parte de la Junta Militar en el poder, con el 30º aniversario de su fallecimiento y el 60º aniversario de la primera publicación de *Zama*. 2016 es un año donde el nombre “Antonio Di Benedetto” se paladea como si fuera un talismán de piedra frente a la absurda realidad.

Pero 2016 también nos ofrece el gozo de la lectura y el asombro: el volumen *Escritos periodísticos* (Adriana Hidalgo, 2016), al cuidado de Liliana Reales, recoge textos de lo más dispares publicados por el autor entre los años 1943 y 1986 —desde un largo artículo sobre el zoológico de Mendoza escrito por un joven de apenas 21 años, pasando por las coberturas del terremoto de San Juan de 1944, prestigiosos festivales internacionales de cine o el golpe militar de Bolivia de la década de 1960, hasta llegar a las notas de cultura publicadas poco tiempo antes de morir—. Cuarenta y tres años de ejercicio periodístico donde vemos, ante todo, la presencia de un estilo singular de escritura puesto al servicio de la información.

Entre la cantidad de hallazgos variopintos que ofrece el libro, cabe destacar el descubrimiento de un “Di Benedetto político” que incluso llegó a ser candidato a diputado por parte del Partido Socialista en 1950. El segundo gran aporte del volumen es —a mi juicio— la constatación de la tesis planteada por Natalia Gelós (*Antonio Di Benedetto periodista*, 2011) de que los verdaderos motivos de su detención por parte de la Junta Militar se debieron al tenor y compromiso con la tarea periodística, más específicamente, a la postura asumida en los meses previos al golpe de Estado, cuando la represión, la desaparición de personas y los asesinatos habían desatado ya una ola de terror en el país y el editor del diario se mantenía firme en la decisión de publicar toda la información obtenida.

Hay quien dice que cada libro es una nueva muerte. Estos *Escritos periodísticos* señalan que aquel 24 de marzo de 1976 en que los militares irrumpieron en la redacción de *Los Andes* en busca de su máximo responsable empezó a agonizar un modo de concebir y ejercer el oficio. Diecisiete meses de presidio: recuperó la libertad por la intermediación de Borges, de Sabato y, principalmente, por la del Premio Nobel alemán Heinrich Böll. Luego de años de exilio, de recomenzar en otras tierras hasta convertirse incluso en personaje literario de Roberto Bolaño, ese compromiso con la verdad que la trayectoria de Di Benedetto señala —fiel al humanismo pacifista a pesar del presidio, de las torturas y de los simulacros de fusilamiento— se asoma en el horizonte con una luminosidad sombría. Porque la máquina del tiempo nos (retro) trae a 2017: los juicios continúan, la memoria de los pozos sigue abierta y sangrante..., pero los dinosaurios siguen ahí.

Jimena Néspolo es autora de *Ejercicios de pudor. Sujeto y escritura en la narrativa de Antonio Di Benedetto*.

“Escritos periodísticos (1943-1986)”: Antonio Di Benedetto. Edición de Liliana Reales. Adriana Hidalgo, 2017. 602 páginas. 23 euros. Se publica el 10 de abril.



TERRITORIOS

Un autor del interior

En Mendoza. “Soy argentino, pero no he nacido en Buenos Aires”, escribió Antonio Di Benedetto en su autobiografía. Tradicionalmente, Argentina ha sido un país dividido entre la capital y el interior. Él nació en Mendoza en 1922.

En la literatura. Debutó como escritor de ficción en 1953 con los cuentos de *Mundo animal*. Tres años más tarde publicó su obra maestra, *Zama*. En 1964 llegó *El silenciero*, y en 1969, *Los suicidas*. El Aleph ha publicado en España las tres novelas en un solo volumen: *Trilogía de la espera*. La editorial Adriana Hidalgo ha reeditado toda su obra.

En la cárcel. El 24 de marzo de 1976 fue detenido en el diario *Los Andes*. Sufrió 17 meses de cárcel. Nunca se recuperó de las torturas.

En el exilio. Vivió en España entre 1977 y 1983. Tuvo que empezar de cero, algo que inspiró a Roberto Bolaño el cuento *Sensini*. Volvió a Argentina con el fin de la dictadura. Después de malvivir en la pobreza, murió en Buenos Aires en 1986.

En el cine. Tras los filmes de Juan Villegas (*Los suicidas*) y Fernando Spiner (*Aballay*), Lucrecia Martel ha llevado al cine *Zama* (con Daniel Giménez Cacho, Lola Dueñas, Rafael Spregelburd y Daniel Veronese). Producido por Almodóvar, se estrena en Argentina el 1 de junio.

Arriba, Daniel Giménez Cacho, caracterizado como Diego de Zama. Abajo, Lucrecia Martel, durante el rodaje de *Zama*. EUGENIO FERNÁNDEZ ABRIL / VALERIA FIORINI

Llevar al cine una obra maestra

POR LUCRECIA MARTEL

Solo en un estado de euforia mal llevada, puede alguien decidir hacer una película basada en una obra maestra. Tantas veces escuché que sólo de las novelas mediocres pueden salir buenas películas, ¿deci- di hacer *Zama*? ¿Por qué si nadie me lo propuso? ¿Por qué si voy a tener que compartir con los herederos los derechos autorales, que siempre han sido un modesto y necesario ingreso para mí sustento? ¿Por qué no pude dejar de leerla cuando fundéabamos entre nubes de mosquitos en noches impudicamente calientes? ¿Por qué al día siguiente, enero de 2010, tenía certeza de que haría una película? ¿Qué tiene *Zama*?

Lo que llamamos obras maestras de la literatura, y en esto no es necesario un consenso universal como sucede con *Zama*, son obras que logran urdir entre sus letras un veneno muy particular, que enferma, enloquece, y finalmente transforma humanos en animales mejores. Y no es algo que pueda explicarse describiendo los hechos de los que tratan, ni sus personajes. Es algo que sucede en la escritura. En el orden de las palabras. En la elección de las palabras. No soy experta en literatura, ni siquiera una gran lectora de ficción, pero la particular forma de usar el lenguaje que tiene Di Benedetto en *Zama* permite ver algo que nunca habíamos visto. Una región del planeta que sólo se ilumina al pasar por esas letras. Un mundo levemente extraño, donde a veces los hechos se duplican sin parecerse. Eso, hay en *Zama* duplicaciones, cosas que parecen volver a suceder, y sin embargo, son distintas.

Di Benedetto se sitúa en el pasado sin que esto tenga demasiada relevancia, salvo el gesto de situarse en el pasado, y en ese procedimiento, no sé exactamente cómo, anula el tiempo y nos devuelve el pasado. Algo que es adorable en todas las culturas, pero que, en Latinoamérica, es una expedición necesaria. El pasado no parece nuestro. Entre el enorme pudor que nos dan las masacres sobre las que se construyó nuestro continente, y la pobreza de instituciones con las que decidimos gobernar esta enorme isla, mirando por un catalejo que nunca nos tuvo a nosotros mismos en la mira.

Entonces, ¿por qué hacer una película de *Zama*? Porque pocas veces en la vida se puede emprender una excursión irreversible y exquisita entre sonidos e imágenes a un territorio decididamente nuevo.

Lucrecia Martel es directora de cine argentina.